

viendo la marcha lenta de la enfermedad, que la iba á despojar del único consuelo que Dios le había concedido en sus penas.

La muerte de la Madre de Chatel fué como la de todos los Santos, y no se cansa uno de ver á estas criaturas débiles jugar con la muerte y sonreír á sus golpes. «Madre mía—decía de cuando en cuando—¡qué bueno es Dios! ¡Vanidad!—añadía—fuese por insultar á sus pasadas alegrías, ó ya por burlarse de sus dolores presentes—soy cristiana, soy cristiana.» Si le faltaba á la moribunda la palabra, la Madre de Chantal le sugería palabras amorosas. «¡Viva Jesús—decía la Santa.—Y mi alma vivirá en Él—respondía la agonizante.—Jesús, María—decía la una.—Y el gran San José—replicaba la otra.»

Toda la noche se pasó así. Hacia las cuatro de la mañana, teniendo la cabeza levantada, el rostro sereno, abiertos los ojos, que estaban tan dulces y claros como cuando estaba buena, y levantándolos al cielo, dió unos golpecitos en su cama para dar á conocer, como lo había prevenido, que si su lengua ya no podía hablar, su corazón amaba siempre fielmente á su Esposo amado. El confesor la dió la última absolución.

Entonces la Madre de Chantal, inclinándose hacia la moribunda la dijo llorando: «Id, pues, Madre querida, id en paz á los brazos de Dios que os llama; acordaos de nosotras, mi querida Madre, y llevad al cielo con vos todos nuestros corazones.» Al instante, y como si no hubiera esperado más que este permiso para morir, miró amorosamente á la Santa, bajó la cabeza para recibir su bendición y expiró. En el mismo momento su rostro se puso resplandeciente, como si el brillo del sol divino que esta santa alma contemplaba, hubiera reverberado sobre su figura. Lejos de dar miedo, como sucede muchas veces, aun siendo personas muy queridas, tenía un atractivo tan dulce, que las Hermanas del hábi-

to pequeño, aunque niñas, no podían separarse de su cama, y cuando la pusieron en el ataúd iban todas á besarla con afán (1).

Tres semanas después, el 18 de Noviembre de 1637, murió la Madre de Brechard, en Riom. Era la segunda Hija de la Visitación, parienta de la Santa, madrina de uno de sus hijos, fundadora de muchos monasterios, y tan célebre por su virtud, que su proceso de canonización se principió con el de la Madre de Chantal, y ocho años después de su muerte se encontró su cuerpo fresco, flexible y oloroso, exhalando los más suaves perfumes. Recibió la muerte con la santa vehemencia que había empleado en todas sus empresas. Tratando la Superiora de hacerla entender con medias palabras que su última hora se acercaba, «¡cómo! Madre mía—le dijo con viveza—¿queréis tal vez decir que es preciso morir? ¡Oh, qué palabra tan dulce! Vamos á dejar el destierro.» Y se arrojó al cuello de la Superiora para darle gracias por esta buena noticia. Después, dirigiéndose á las Hermanas: «Y bien, ¿qué me decís de esta buena Madre que viene á anunciarme que muy pronto voy á ver á mi Dios? ¡Oh, qué alegría, qué felicidad!» Sus ojos se pusieron resplandecientes al acercarse la muerte; le iluminó cosas que suelen verse en el lecho de los justos: diríase que la claridad del cielo los inunda en proporción que la de la tierra se aparta de ellos. Así es como murió á la edad de cincuenta y siete años, cargada de méritos y trabajos (2).

Sin duda estas muertes tan santas y radiantes, consolaban á la Madre de Chantal; pero no destrozaban menos su alma, dejándola cada vez más sola, con el peso de sus penas, que se aumentaban todos los días. Escribía á una Superiora «que su miserable vejez es-

(1) *Vidas de las primeras Madres*, tom. I, pág. 427.—*Carta de la Madre de Chantal á la Madre Angélica*, 407.

(2) *Vidas de las primeras Madres*, tomo I, pág. 204.

taba bien despojada; que sus dos primeras y queridas compañeras se iban al cielo, y la dejaban en la tierra llena de miserias; que eran frutos maduros y prontos para ser puestos en la mesa del Rey celestial, pero que ella se había quedado en la rama, porque estaba aún muy verde, ó tal vez podrida ó carcomida»; y escribiendo esto inundaba el papel con sus lágrimas.

No obstante, habiendo muerto la Madre de Chatel, era preciso elegir una Superiora para el monasterio de Annecy. Todas volvieron sus ojos á la Madre de Chantal, que estaba entonces depuesta; y aunque suplicó de rodillas que la dejasen libre en su ancianidad para no pensar sino en sí misma, fué elegida Superiora. A esta noticia no pudo dejar de conmoverse y llorar un poco; pero recobrando al instante su energía, y persuadida que este era su último trienio, resolvió emplearle en el adelanto vigoroso de su Orden. «Este trienio—decía—tiene que servirme para la eternidad; es menester que sea la raíz siempre viva del espíritu de la Visitación y de la observancia perfecta.»

El sábado después de su elección, reunió á todas las Hermanas en capítulo, y las dirigió palabras en las que se advierte la varonil energía de su grande alma. «Puesto que Dios—las dijo—me confía una vez más el cuidado particular de esta comunidad, estoy resuelta, mediante su divina gracia, á no dejar nada por hacer, á fin de que todas adelanten en los caminos de Dios. Si, creo que Dios me ha confiado este encargo, porque le he rogado fervorosamente en esta ocasión; su bondad sabe que no era éste mi deseo, y que en todo no miro sino su sola y pura voluntad. Pero, queridas Hermanas, no os lo ocultaré, sino que francamente os diré que éste es mi último trienio, durante el cual, Dios mediante, me consumiré en servicio vuestro; y al efecto, os consagro mi alma, y emplearé las fuerzas de mi cuerpo y el poco talento que Dios me ha dado, en ayu-

daros y serviros. No he pretendido vivir tanto, ni que mi peregrinación se prolongase tanto aquí abajo, ni nadie lo podía creer; pero pues que quiere Dios que al fin de mi vida me vea aún en este puesto por otro trienio, daré la última mano á esta viña, y consumiré mis fuerzas y todo cuanto soy en hacerla fructificar. Yo no sé, queridas Hermanas mías, si Dios me dejará serviros todo este trienio, porque en la edad que tengo, la vida es muy incierta; pero sea que Dios me llame al principio, medio ó fin, me es del todo indiferente; hágase su voluntad. Sin embargo, la divina bondad me da esperanzas de que después de este trienio me concederá algunos meses ó años de descanso, según le agrade, para pensar en mí. Porque ¡ay! Hermanas mías, hace veintisiete años que pienso en las demás, y no tengo casi tiempo para pensar en mí. Dios dispondrá de mis años, de mi vida y de mi muerte según su voluntad santísima; pero no me quiero ocupar en esto, pero os digo, Hermanas mías, que no os admiréis si me véis cada día más vigilante que nunca sobre vosotras; porque tengo en el corazón la idea de que este trienio sea memorable, y que al fin de mi vida me déis el consuelo de veros cooperar con más empeño á los designios de Dios sobre cada una, y á mi pobre servicio, que os dedicaré cuanto me sea posible (1).»

Estas graves y enérgicas palabras, recogidas y escritas por las Hermanas de Annecy, corrieron por todo el Instituto. Excitaron en él los sentimientos de temor y de pena que es fácil imaginar, temblando perder muy pronto á la Madre de Chantal, como esta santa Madre daba á entender. Se resolvió aprovechar con más celo sus ejemplos y últimos consejos.

Apenas acababa de ser elegida la Madre de Chantal,

(1) *Compendio inédito de los capítulos de la Madre de Chantal*: manuscrito en 4.º, perteneciente al monasterio de la Visitación de Dijón.

cuando recibió un mensaje de la reina Ana de Austria, que, embarazada de Luis XIV, se encomendaba á sus oraciones, y le suplicaba mandase rogar por ella á todo el Instituto, á fin de que el Señor le diese un hijo y un heredero á Luis XIII. La Santa, en quien los grandes sentimientos de fe no disminuían los legítimos afectos de la patria, mandó al instante que en todos los monasterios se hiciesen oraciones por S. M.; pero ni las instancias de su hermano el Arzobispo de Bourges, ni las de las Hermanas, pudieron determinarla á escribir á la Reina. «¡Oh! ¿quién soy yo—decía—para escribir á esta gran Reina? Debemos mantenernos tan pequeñas y escondidas, que no busquemos invenciones humanas para acercarnos á los grandes (1).»

Mientras tanto, la Visitación continuaba extendiéndose y multiplicándose por todas partes. Las provincias que tenían ya monasterios aumentaban su número, y las que no los tenían, los fundaban. La Picardía preparaba la fundación de Amiens; la Guienna, la de Burdeos; las Landas, la de Bayona; el Albigeois, la de Albi. La Italia, á quien la Madre de Chantal había hecho dar el primer paso colocando á su puerta la Visitación de Aosta, no había querido contentarse con esta sola, y dos fundaciones italianas se concluían y la acompañaban la de Pignerol y la de Niza. La tercera iba á nacer: la de Turín.

Hacia largo tiempo que se trataba de esta última. Desde 1618, la Duquesa de Mantua había hablado de ella á San Francisco de Sales, que había aprobado el proyecto, y por un instante se creyó que la casa de Turín sería una de las primeras de la Orden. Este proyecto volvió á emprenderse con afán en 1620, y pareció tan próxima su realización, que el santo Obispo de Ginebra designó á la Madre Favre para fundadora.

(1) *Cartas de Santa Juana Francisca*, 39.

Pero la muerte de San Francisco de Sales, las guerras y la peste que arruinaron este desgraciado país, y después la muerte de la Madre Favre, designada de nuevo para el establecimiento, la de la Madre de Chatel, que debía reemplazarla, y sobre todo las preocupaciones que cundieron contra la Visitación, y que habían indispuesto contra ella al Arzobispo y aun al Nuncio, todo fué causa de ir dilatando de un año para otro, durante mas de veinte, la fundación proyectada.

Se deseaba, no obstante, vivamente en Turín que se llevase á cabo. Las Infantas, hermanas del rey Víctor Amadeo, el príncipe Tomás de Saboya, la princesa Matilde, hija de Filiberto Manuel, duque de Saboya, y el marqués de Pianesse, su hijo, no cesaban de escribir y hacer escribir á la Santa para rogarle apresurase el establecimiento del monasterio; y, sobre todo, insistían con empeño en que la Madre de Chantal viniese en persona para satisfacer el deseo que el rey Víctor Amadeo y toda su corte tenían de ver á esta gran sierva de Dios.

Pero por más fuertes que fuesen estas instancias, ni el Obispo de Ginebra ni la comunidad de Annecy podían decidirse á dejar á la venerable Madre de Chantal, de edad de sesenta y seis años, emprender un viaje tan largo, tan penoso y lleno de peligros; por este motivo, el negocio se iba dilatando; pero concedidas, al fin, las bulas en Roma, las instancias cada vez más fuertes de la corte de Turín, las obligaron, por último, á resolverse, y la Madre de Chantal salió de Annecy el 14 de Septiembre de 1638.

Fué primero á Rumilly, donde fué recibida con grande alegría, y desde allí á Chambéry, en cuyo monasterio estuvo mucho días, colmando de caricias á las Hermanas y á las novicias. En el instante en que una de éstas, muy pálida y delicada, se acercaba para abrazarla: «¡Oh! ésta—dijo—tiene que hacer larga carrera,» lo que admiró á todos, pues estaba desahuciada de los médicos;

y no obstante, vivió setenta y dos años, y fué largo tiempo Superiora de muchos monasterios (1). Las Hermanas domésticas vinieron también á despedirse y recibir los abrazos de la venerable Madre, y una de ellas, que tenía grandes grietas en las manos, y que por esta razón cumplía con mucho trabajo su empleo, apenas puso sus manos en las de la Santa cuando repentinamente quedó curada. Aún se conserva en Chambéry la memoria de un hecho, poco importante en la apariencia, pero que demuestra cuánto estimaba la Madre de Chantal la obediencia. Un miércoles hacían las Hermanas el ejercicio de la disciplina, y cuando llegó el término del tiempo prefijado, dió la Santa la señal para acabar. Una Hermana, que probablemente no la había oído, continuó aún dándose algunos golpes. Al día siguiente, en la recreación, quiso la venerable Madre saber cuál era la Hermana que no había obedecido á la señal. «Hija mía, —le dijo con seriedad,—sabed que tantos golpes como os habéis dado de más, son otros tantos sacrificios que habéis hecho al diablo.»

Al salir de Chambéry continuó su viaje por la Tarantaise, y como el rumor de este viaje se había extendido, encontró todo el camino lleno de una multitud de aldeanos que venían de los pueblos para verla. En cuanto veían de lejos la litera, se ponían de rodillas y le pedían su bendición. Benito Teófilo de Chevron, Arzobispo de Tarantaise, fué á recibirla á tres leguas de Montiers, con su vicario general, que era Carlos Augusto de Sales. «En todas partes se la recibía como á una Santa—dice este último.—Soy testigo ocular de ello, en cuanto á los pueblos de la Tarantaise, que doblaban la rodilla á su paso.» El Arzobispo no quiso que fuese á parar á otra parte que á su palacio, y la recibió como si Dios le hubiese enviado una embajada extraordinaria. Habló con

(1) *Proceso de Canonización de la Santa Madre de Chantal.*

ella cuanto le fué posible y al otro día quiso enseñarla el camino del pequeño San Bernardo por el Valle de Aosta, y nos dijo alegremente: «Vamos á escoltar á una Santa;» y cuando volvimos, «Dios sea bendito—dijo;—este día no se ha perdido, porque hemos hecho cuanto ha sido posible á nuestra pequeñez para honrar á una Santa (1).»

Aunque el camino del pequeño San Bernardo es más penoso que el de Monte Cenís, la Madre de Chantal le escogió porque deseaba visitar el monasterio del valle de Aosta. Fué recibida con un entusiasmo difícil de expresar. El Marqués de Pianesse salió á recibirla, acompañado de un gran número de caballeros. El pueblo se había juntado en tropel en el camino; todas las campanas tocaban á vuelo, y las iglesias estaban adornadas como en un día de fiesta. Después de haber adorado las reliquias que se habían expuesto, la Madre de Chantal entró en el monasterio de la Visitación el 21 de Septiembre de 1638.

«Su aspecto nos pareció un poco serio—escribieron después las religiosas,—pero tan humilde, tan recogido y tan celestial, que aun cuando no hubiera sido nuestra venerable fundadora, no hubiéramos dejado de echarnos á sus piés para venerar el templo del Espíritu Santo, como hicieron muchos seglares y un devotísimo canónigo de la Catedral, que vino á manifestarle su conciencia. Le cortaron el velo para tener reliquias suyas (2).»

Al salir del Valle de Aosta sucedió una cosa muy extraordinaria. El Lugarteniente de la provincia, Sr. De-

(1) *Oración fúnebre de la Madre de Chantal*, por Carlos Augusto de Sales.

(2) *Relación manuscrita del paso de nuestra digna Madre de Chantal por el monasterio del Valle de Aosta.* Esta relación, firmada por cuatro Hermanas, testigos oculares, se conserva en los Archivos del monasterio de Annecy.

rriard, se había encargado de buscar los hombres que debían llevar la litera de la Santa, y había escogido entre otros «á un extranjero que alardeaba de su fuerza, y con razón, porque era hombre que llevaba pesos que tres apenas hubieran podido levantar». «Pues bien—continúan los autores de la relación manuscrita,—apenas los conductores dieron algunos pasos con su preciosa y respetable carga, cuando aquel hombre, que pasaba por el más fuerte y hábil entre los de su oficio, empezó á titubear, sintiéndose de repente atacado de un decaimiento tan general de todos sus miembros, que á pesar de los esfuerzos increíbles que hacía, hasta inundarse de sudor, no le fué posible sostenerla. El Lugarteniente de la provincia empezó con amenazas y aun con algunos latigazos de fusta, á obligarle á que anduviese, pero este desgraciado, sintiendo una debilidad prodigiosa, no pudo sostener la carga, y, en fin, la dejó caer. Este singular accidente sorprendió mucho al Lugarteniente, que quiso averiguar la causa, y para ello mandó á este hombre, confundido y temblón, que probase á mover una piedra que le señaló, y ¡cosa admirable! aunque esta piedra era de un grandor enorme, y tal que tres ó cuatro hombres de los más robustos apenas la hubieran podido mover, no obstante la hizo rodar diversas veces, con tanta facilidad que parecía que jugaba con ella. No es posible imaginar lo admirados que quedaron todos los espectadores de este suceso; pero acordándose de lo que el rumor público decía de la escandalosa vida de este desdichado, comprendieron que el dedo de Dios se veía en esta ocasión, y que el Señor no había querido que un vil esclavo de Satanás fuese cargado con tan precioso depósito (1).

Las religiosas aseguran en su relación haber sabido

(1) Véase la carta de Pedro Francisco de Sales, Obispo de Aosta, al Papa Benedicto XIV, inserta en un compendio de cartas, pidiendo la canonización de la Madre de Chantal.

poco tiempo después que este hombre, que había sido desterrado de su país, habiendo sido preso, fué juzgado y condenado al último suplicio por crimen de hechicería.

Del Valle de Aosta á Turín no es posible contar todas las ovaciones que recibió la Madre de Chantal; baste decir que en todas partes se repetían las mismas escenas. Se la recibía con salvas de artillería; los Obispos iban á saludarla «como al mayor tesoro que hubiese entonces en el mundo;» los Príncipes y Princesas la escoltaban por el camino, y un gentío inmenso de los pueblos se ponía de rodillas y la pedía su bendición.

En el momento en que entraba en Turín recibió un mensaje de Su Alteza Real, que la rogaba fuese á uno de los castillos que peseía en el campo, donde tenía á su hijo moribundo. La Madre de Chantal, que fué allá al instante, fué recibida con muestras de la mayor veneración, y la desconsolada madre del Duque la condujo al lecho donde éste yacía enfermo. Su Alteza Real decía que en cuanto la Madre de Chantal hiciese oración por su hijo, al instante se pondría bueno. Pero apenas se arrodilló la Santa, sintió un grande impulso de rogar por la prosperidad de Carlos Manuel, segundo hijo de Su Alteza, y una como imposibilidad de pedir por la salud del enfermo. Se levantó con íntima seguridad de que Dios llamaba al trono al segundo hijo del Rey, y así lo advirtió á Su Alteza, exhortándole con fervorosas palabras á someterse á la voluntad de Dios. El suceso manifestó cuán ciertas son las luces que Dios comunica á sus Santos.

La Madre de Chantal llegó á Turín el 30 de Septiembre de 1638, y sucedió en esta misma ciudad lo que otras muchas veces se había admirado en diferentes puntos. Á vista de la humildad de esta mujer incomparable, todas las dificultades se desvanecían. El Ilmo. Sr. Nuncio fué á visitarla, y después de algunas horas de conversación, se desvanecieron todas las preocupaciones

que le habían hecho concebir contra la Visitación, á la cual conocía muy poco, y esto poco por las falsas relaciones que de ella le habían hecho. Lo mismo sucedió con dos grandes personajes que contrariaban hacia bastantes años la fundación, y que después de haber visto á la Santa la ayudaron en cuanto les fué posible.

No obstante, se necesitaron siete meses para llevar á cabo esta fundación; y cierto, que á otra persona menos hábil y estimada que esta buena Madre, le hubiera costado mucho trabajo el lograrlo. Además del cuidado que necesitaba su comunidad naciente, empleó la Madre de Chantal este tiempo en visitar las iglesias, que son muy ricas en reliquias, los monasterios, y sobre todo los de las Anunciadas y Carmelitas, y en excitar á la virtud á las señoras piemontesas, que iban en gran número á los locutorios de la Visitación de Turín.

Mientras tanto, habiendo empezado á correr rumores de guerra en el Piamonte, el Ilmo. Sr. D. Justo Guerin, Obispo de Ginebra, escribió á la Madre de Chantal para mandarla que regresase al instante. Reunió, pues, por última vez á las Hermanas, las exhortó con afán á la práctica de las virtudes, á la humildad, al amor de las reglas, á la unión entre sí, y al respeto á la casa de Annecy, cuna del Instituto. Las abrazó á todas, les regaló á cada una una estampa, en la que había escrito algunas palabras para su consuelo y adelantos en la virtud, y les dió llorando su bendición. En la recreación de la mañana, y al pie de un frondoso árbol, fué donde esta venerable Madre se despidió de esta manera tan tierna y maternal. Muchas veces les había comunicado en aquel mismo lugar las clarísimas luces y grandes incendios que iluminaban y abrasaban su alma. Una vez, entre otras, su rostro se puso «resplandeciente como un astro.» Desde entonces se llamó á este árbol el *árbol de la venerable Madre*, nombre que conservó mientras subsistió. En su lugar se edificó después una capilla en

donde se colocó un cuadro que representa á la Madre de Chantal recibiendo las reglas de mano de San Francisco de Sales.

Desde Turín, de donde salió el 19 de Abril de 1639, pasó primero á Pignerol, en donde se detuvo poco, pues la apremiaban mucho para que saliese del Piamonte; y como el paso de Suce estaba cerrado, tomó el camino del Delfinado, y volvió á Annecy, pasando por Embrun. Descansó ocho días en el monasterio de la Visitación de esta ciudad. El día de Pascua, 24 de Abril, en la recreación de la mañana, pareció como enajenada, hablando del misterio del día. Con el rostro inflamado, y dando con las manos sobre sus rodillas, decía: «¡Aleluya! Hermanas mías, ¡aleluya!» (1).

Continuó su camino, toda turbada y conmovida por el peligro en que dejaba los monasterios del Piamonte. La muerte de Víctor Amadeo había sido la señal de la guerra civil y de la guerra extranjera. Los dos partidos que se disputaban la regencia, porque no dejaba más que un hijo de tierna edad, habían llamado en su ayuda, uno á España, otro á Luis XIII. Los dos ejércitos, español y francés, estaban para llegar á las manos, y el Piamonte era el campo de batalla. Júzguese, pues, lo inquieta que la Madre de Chantal debía estar por sus Hijas, y tanto más, cuanto que toda comunicación estaba interrumpida, y en meses enteros no tenían noticias unos de otros. La Santa pasó así el fin del año de 1639, orando, haciendo orar, llorando muchas veces, y agitada otras por los más vivos temores.

El monasterio de Turín estaba, en efecto, en un gran peligro. El ejército francés había puesto sitio á la ciudad, y la estrechaba vigorosamente. Las Hermanas, colocadas entre las baterías españolas y francesas, veían las balas atravesar sus paredes, quebrantar los

(1) *Fundación inédita de la Visitación de Embrun.*